CUENTO POPULAR

El flautista de Hamelin



Lectulandia

Se dice que la música amansa a las fieras, y en la India hay encantadores de serpientes que hacen bailar a las peligrosísimas cobras al son de sus flautas… Pero el extraño flautista que un día apareció en la ciudad de Hamelin, sin que nadie supiera quién era ni de dónde venía, podía hacer cosas mucho más asombrosas con su extraordinaria flauta…

Lectulandia

Anónimo

El flautista de Hamelin

Mi primera biblioteca 15

ePub r1.0
Titivillus 09.06.2019

Título original: *El flautista de Hamelin*
Anónimo, 1985
Ilustraciones: Horacio Elena, Miguel Varela, Cristina Dartiguilongue, Silvia Badesich

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

CUENTO POPULAR

El flautista de Hamelin







Hace mucho tiempo, la hermosa y tranquila ciudad de Hamelin se llenó de ratas.

Estaban por todas partes: en los graneros, en las despensas de las casas, en las tiendas, en las calles y plazas, y no había forma de librarse de ellas.





Los habitantes de Hamelin estaban tan desesperados, que el alcalde acabó ofreciendo una recompensa de mil monedas de oro a quien lograra librar la ciudad de aquella terrible plaga.

Poco después llegó un forastero de extraño aspecto: era muy alto y delgado, iba envuelto en una capa y llevaba una flauta. Se presentó ante las autoridades y dijo que podía librar de ratas la ciudad.

El alcalde no le creyó, pero pensó que nada se perdía con probar y le dijo que si lo lograba la recompensa era suya.





Entonces el forastero se dirigió a la plaza mayor de la ciudad y empezó a tocar la flauta.

—Es un pobre loco —comentaba la gente riéndose de él—. Dice que va a librarnos de las ratas y todo lo que hace es ponerse a tocar la flauta.

Pero entonces sucedió algo realmente asombroso: como atraídas por la música, las ratas empezaron a acudir de todas partes y a reunirse alrededor del flautista, y cuando éste empezó a caminar, lo siguieron en tropel, como si una fuerza irresistible las arrastrara, hasta las afueras de la ciudad.



El flautista llegó a un río y lo cruzó. Las ratas le siguieron y se las llevó la corriente.

Pero cuando el flautista fue



a pedir la recompensa, el alcalde sólo le dio diez monedas, diciendo que era más que suficiente por tocar un rato la flauta.



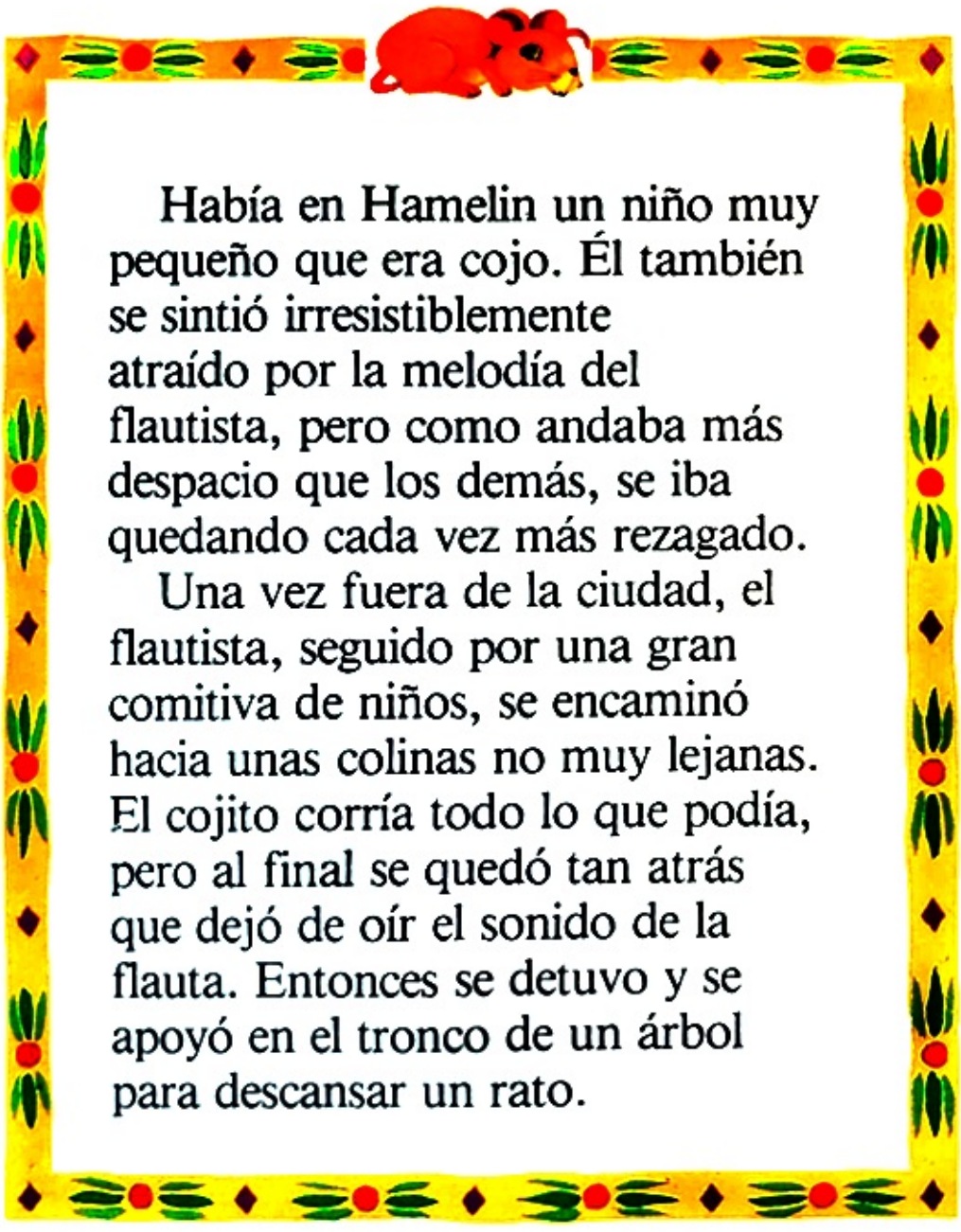


El flautista, enfurecido, amenazó con vengarse si no le pagaban lo convenido, pero el alcalde y las demás autoridades se burlaron de él.

Entonces el forastero empezó a recorrer la ciudad tocando la flauta, y cada vez que pasaba junto a un grupo de niños, éstos dejaban lo que estuvieran haciendo y seguían al flautista en silencio, sin apartar los ojos de él.

Pronto todos los niños de Hamelin estuvieron detrás del flautista, y entonces éste, sin dejar de tocar, se dirigió a las afueras de la ciudad.





Había en Hamelin un niño muy pequeño que era cojo. Él también se sintió irresistiblemente atraído por la melodía del flautista, pero como andaba más despacio que los demás, se iba quedando cada vez más rezagado.

Una vez fuera de la ciudad, el flautista, seguido por una gran comitiva de niños, se encaminó hacia unas colinas no muy lejanas. El cojito corría todo lo que podía, pero al final se quedó tan atrás que dejó de oír el sonido de la flauta. Entonces se detuvo y se apoyó en el tronco de un árbol para descansar un rato.



En eso los demás habían llegado junto a una colina, y ocurrió algo increíble: la tierra se abrió como por arte de magia,



y el flautista, seguido por los niños, entró por la abertura, que volvió a cerrarse al pasar el último niño.





El cojito, que lo había visto todo, regresó a la ciudad lo más rápidamente que pudo y contó lo ocurrido.

Imposible describir el dolor y la angustia de los habitantes de Hamelin al enterarse de que sus hijos estaban encerrados en el interior de una colina. Una gran multitud fue hasta allí, buscando la forma de entrar, llamando a gritos a los niños, suplicando al flautista que regresara y les devolviera a sus hijos a cualquier precio. Pero todo fue inútil, y al fin la gente, llorando sin consuelo, volvió a la ciudad.





Sin embargo, el cojito no regresó con los demás; estaba muy cansado de tantas caminatas y se quedó cerca de la colina, sin poder apartar la vista del lugar por donde la tierra se había abierto y habían desaparecido sus compañeros.

De pronto vio un objeto en el suelo, entre la hierba; se acercó y reconoció la flauta del forastero. Obedeciendo a un extraño impulso, se puso a tocar la flauta... ¡y cuál no sería su sorpresa al ver que la tierra se abría de nuevo y por la abertura salían corriendo los niños!



Comprendiendo que el cojito los había salvado, los niños lo levantaron en hombros como a un héroe y regresaron cantando y



gritando de júbilo a la ciudad, donde fueron recibidos por sus padres y familiares con las mayores muestras de alegría.





Hubo una gran fiesta para celebrar el regreso de los niños, y todo el mundo felicitaba y agasajaba al cojito. Anteriormente, muchos niños no querían jugar con él o incluso se burlaban porque era pobre y cojo, pero ahora todo el mundo quería ser su amigo.

El alcalde era muy tacaño, pero como estaba escarmentado por las terribles consecuencias que había tenido su conducta con el flautista, decidió dar al cojito una generosa recompensa, gracias a la cual el valiente niño y sus familiares no volvieron a pasar más privaciones.



En cuanto al misterioso flautista, nunca más se volvió a saber de él, y su flauta mágica fue quemada en la plaza para que nadie pudiera volver a utilizarla con fines maléficos.

